

una religion en que la perfeccion de la moral y el complemento de la ciencia, forman el carácter peculiar que distingue al cristiano. Es verdad que esta perfeccion es respectiva al estado de cada individuo, y que no todos los estados tienen en la Iglesia la perfeccion absoluta, sino solo el que imita la evangélica, como el monacal; pero fuera de que cada estado tiene su perfeccion respectiva, que no puede alcanzarse sin saber y entender la doctrina cristiana, Dios es muy árbitro para llamar á cualquiera hombre de cualesquiera estado, á la perfeccion absoluta, ya sea por la vida activa, ó ya por la contemplativa, como vemos que lo ha hecho con los santos de todos estados y condiciones que han resplandecido en la Iglesia, y no cabe duda en que el cristiano debe estar dispuesto siempre á oír y seguir la vocacion de su Dios y su Señor. Tal disposicion no puede adquirirse sin saber y entender la doctrina cristiana, que es la que nutre la fé y forma las costumbres: luego obligados estamos á saberla y á entenderla, porque sin ello no podemos cumplirla.

PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA.—
DECLARACION DEL CREDO.

P. Decid el credo.

R. Creo en Dios Padre, &c.

P. Quién compuso el credo?

R. Los apóstoles.

El credo es una recopilacion ó sumario de los principales artículos de la fé. Se llama símbolo de los

apóstoles, porque estos primeros predicadores de la fé, antes de separarse unos de otros para ir á anunciarla por todo el mundo, formaron este compendio, para que no discrepase ni aun en las palabras y expresiones, la doctrina de la fé, que debian ir recibiendo todos los pueblos de la tierra. Así es, que los mismos santos apóstoles fueron los que recopilaron los principales artículos de nuestra fé que les enseñó Jesucristo, y formaron de ellos el credo.

P. Para qué?

R. Para informarnos en la fé.

Nada mas á propósito que este divino compendio para informar al cristiano en la fé. El es sencillo, dice San Agustin, para proporcionarse á la rudeza de los ignorantes; es corto para facilitar su memoria, y es perfecto, para instruir plenamente. La fé compendiada en él, jamas se ha variado, aumentado ni disminuido. La Iglesia en sus concilios no ha hecho otra cosa que aclarar algunas verdades contenidas en él, y consagrar algunas palabras determinadas para defender el dogma católico de las heregias que se presentaban. El credo ha sido, es y será hasta la consumacion de los siglos la suma de nuestra fé. De aquí se sigue, que todo cristiano está obligado á saberlo, y con tanta exactitud, que ni una sola palabra añadida, quite ó varíe, porque todo es esencial en él. Ni basta que lo aprenda bien de memoria; debe tambien aplicarse á conocer las verdades que contiene, á lo menos de modo que pueda distinguir las del error. Sin esto, el credo seria para él un libro el mas hermoso, pero cerrado y sellado. El credo es

del mayor consuelo para los sencillos que encuentran compendiado en él cuanto contienen de mas esencial los libros santos que ellos no pueden leer, y de consuelo tambien para los sábios, que hallan en este compendio quanto de mas esencial han leído en los libros sagrados. ¡Gloria eterna sea dada al Padre de las luces que inspiró á los apóstoles este divino compendio, por el cual todos los fieles de todos los tiempos tenemos una misma fé en cualquiera parte del mundo en que nos hallemos!

P. *Y nosotros para qué le decimos?*

R. *Para confesar la misma fé y confirmarnos mas en ella.*

El cristiano jamas puede negar la fé ni alguna de sus verdades, sin hacerse reo del crimen de apostasia ó de heregia; y ademas, está obligado á confesarla siempre, principalmente cuando por su silencio pudiese sospechase que no cree ó padeciere detrimento el honor divino, ó se perjudicare á sí mismo ó al prójimo.

De aquí es, que está obligado á confesarla: primero, cuando es preguntado por autoridad pública, aunque su confesion le haya de costar la vida, como sucedia á los mártires. Segundo, cuando en su presencia son burlados los santos misterios ó profanadas impiamente las cosas sagradas. Tercero, cuando á su vista se ultrajan las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los santos ó sus reliquias. Cuarto, cuando ve á su prójimo titubear en la fé, y entonces está obligado, ademas, á confirmarle en ella. Quinto, cuando oye negar la fé ó alguna de sus ver-

dades. En este caso, y en el segundo y tercero, debe dar parte á la autoridad, si el delincuente ó delinquentes son cristianos.

Además, está obligado á hacer actos de fé cuando entra en el uso de la razon, para ofrecer á Dios las primicias de su fé; cuando es tentado gravemente contra la fé y no puede vencer la tentacion sino con actos de fé; y tambien muchas veces en el año. Por muchas veces entienden unos, que deben hacerse todos los meses, otros, todas las semanas, otros, todos los dias festivos, y otros, con mas ó menos frecuencia; pero sea de esto lo que fuere, todos convienen en que es muy provechoso hacerlos todos los dias, y aun muchas veces al dia. Para hacerlos se reza con mucha fé el credo, que es la mejor de las confesiones y protestaciones de nuestra fé.

Para que mas comprendamos la importancia de la fé, hagamos reflexion á que hay unos conocimientos que llamamos naturales, porque están dentro de los límites de la naturaleza; y otros que llamamos sobrenaturales, porque están sobre los límites de la naturaleza. Dentro de los límites de la naturaleza, nuestro entendimiento registra, penetra, compara, discurre, infiere y llega á adquirir en él vastos y profundos conocimientos; pero en lo que está sobre los límites de la naturaleza, no puede penetrar, por mas claro y agudo que sea. ¿Qué entendimiento penetró jamas los cielos y registró las riquezas de la gloria? Las cosas de Dios, solo Dios las sabe; y para que las sepamos nosotros ha sido menester que el mismo Dios nos las haya revelado. Pues bien, esta revelacion es

la que abraza nuestra fé. Tan importante así es esta fé sobrenatural. Los grandes talentos, que ensoberbecidos con sus conocimientos de las cosas naturales, han querido sujetar á sus cálculos y medidas las cosas sobrenaturales, esto es, las verdades de la fé, han caido oprimidos bajo el peso de su grandeza; porque el talento, sea cual fuere, nunca pasa de ser una luz natural, y la luz natural no es la fé. La fé es aquella luz sobrenatural que Dios nos da para que veamos, esto es, conozcamos lo que su Magestad se ha dignado revelarnos. Si prescindimos de esta luz, si cerramos á ella nuestros ojos, nada veremos, y vendremos á caer en las tinieblas de la ignorancia y del error.

P. *Qué tan ciertas son las cosas que la fé nos enseña?*

R. *Como verdades dichas por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.*

Siendo Dios como es, sabiduría increada y eterna verdad, es imposible que quepa en él ignorancia, error ni engaño de ninguna clase; y siendo suma é infinita bondad, es imposible que quepa en él el desorden de engañar. Siendo, pues, imposible que padezca engaño, ó que sea capaz de engañar, es preciso que las verdades que nos dice, sean de todo punto ciertas, y tan ciertas, que no puede haber en todo lo criado cosa que sea mas cierta. Pues si en lo criado, las primeras verdades y la presencia de las cosas materiales tienen un grado de certidumbre tal, que se hacen innegables, ¿cuál deberá ser la certidumbre de las verdades reveladas por Dios, y la noticia de las

cosas que existen en el órden sobrenatural, de que el mismo Dios nos da conocimiento?

P. *De dónde sabeis vos haberlas dicho Dios?*

R. *De nuestra madre la santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo.*

Ya sabemos que nuestra madre la santa Iglesia es la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su vicario; y basta saber esto para conocer el incomparable grado de autoridad que tiene la Iglesia para ser creida en todo lo que nos propone y enseña, mucho mas cuando le están prometidas cosas que existen en el órden sobrenatural, de que el mismo Dios nos da conocimiento, como tambien sabemos, la especial asistencia del Espíritu Santo, que da á sus decisiones aquella infalibilidad que por dogma de nuestra sagrada religion creemos y confesamos que hay en ella. Esta autoridad de la Iglesia, no solo nos es notoria por el conocimiento de lo que ella es en sí, sino que le está declarada expresa y terminantemente por Jesucristo su fundador, quien la ha hecho depositaria é intérprete de sus Sagradas Escrituras. Ella, por lo mismo, reunida en concilios ecuménicos, declara el dogma católico, arregla las costumbres y establece la disciplina. Mas estos concilios no son válidos si no son aprobados por el Papa con la sancion que da á sus decisiones y decretos. El mismo Papa por sí solo puede declarar un dogma, pronunciando ex-cáthedra sobre algun punto dudoso; y en tal caso es dogma católico que tiene la infalibilidad, por la especial asistencia

del Espíritu Santo, que le está prometida irrevocablemente como á cabeza visible de la Iglesia.

La Iglesia ha tenido y tiene en su seno grandes maestros y doctores que explican é interpretan las Sagradas Escrituras, y examinan y conservan en su pureza las tradiciones apostólicas; de manera que, con sus luminosísimos escritos y obras sapientísimas, se ayuda para la discusion y resolucion de las materias que se han tratado y tratan en los concilios generales. De las decisiones de estos concilios y de las de los Papas, se ha formado el cuerpo de los sagrados cánones que rigen en la Iglesia; y la sagrada Teología, en la parte dogmática, se funda toda en estas decisiones, y en todas sus demas partes busca siempre la base de las Sagradas Escrituras, de las tradiciones apostólicas, de la autoridad de los Santos Padres. De estas sacratísimas ciencias se hace siempre estudio en las universidades y colegios, especialmente en los seminarios erigidos por la autoridad del concilio de Trento con todos los obispados. En estos colegios y universidades, pues, es donde se forman, con el estudio de las referidas ciencias, los ministros sagrados, que la Iglesia coloca despues en las parroquias, en la curia, en las catedrales y en las sillas episcopales y archiepiscopales; y de estos preladados ya conocidos y aprobados por su virtud y su ciencia, forma el sacro colegio de cardenales, con el que consulta el Papa, y de cuyos individuos forma las sagradas congregaciones que tiene establecidas para examinar los asuntos de fé, para declarar el sentido de las decisiones del concilio Tridentino, para pun-

tos de disciplina y de ritos sagrados, &c. Este sacro colegio de cardenales, reunido en cónclave, hace la eleccion de Papa, y de su mismo seno es elegido aquel que reúne la opinion por lo eminente y acreditado de su ciencia, de su prudencia y de su santidad. He aquí el cuerpo todo de la Iglesia docente, que predica y enseña la doctrina santa y verdades dogmáticas al pueblo todo cristiano, distribuido en sus feligresías; y he aquí cómo sabemos nosotros los fieles, de nuestra madre la santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo, que Dios nos ha dicho las verdades de fé. Pero para mas explicar los fundamentos de nuestra fé, extendámonos algo mas acerca de las Sagradas Escrituras y de las tradiciones apostólicas, así como acerca de las notas y señales de la Iglesia católica, que es la única verdadera.

Sagradas Escrituras.—Dios, para instruir á los hombres en la ciencia de su salvacion, les habló desde los primeros siglos por boca de los patriarcas y de los profetas; y cuando llegó la plenitud de los tiempos, les habló por boca de su mismo Hijo. Los santos hombres de Dios, como les llama San Pedro, divinamente inspirados, escribieron el Antiguo Testamento, que consta de cuarenta y cinco libros; y los apóstoles y evangelistas, inspirados tambien divinamente, escribieron el Nuevo, que consta de veintisiete. El primero contiene lo que nos reveló Dios por los patriarcas y profetas, y el segundo lo que nos enseñó por su Santísimo Hijo. Estos santos libros, ni mas ni menos, son los que llamamos Sagradas Escrituras.

Tradiciones divinas.—No todo lo que Dios nos ha revelado está contenido en las Sagradas Escrituras. Desde nuestro padre Adán hasta el legislador del pueblo de Dios, Moisés, nada sabemos que se escribiese. Las verdades que Dios reveló en aquellos dos mil y quinientos años, se conservaron por tradición y enseñanza de padres á hijos. La Escritura Sagrada principió en tiempo de Moisés; y en los mil y quinientos años que mediaron desde entonces hasta la venida de Jesucristo, fué cuando se escribió todo el Antiguo Testamento; pero aun en este tiempo quedaron sin escribir muchas verdades reveladas, que se conservaron por tradición. Este era el motivo por que el mismo Moisés encargaba á los hijos que preguntasen á sus padres, y á los jóvenes que preguntasen á los ancianos. Jesucristo en el discurso de tres años enseñó por sí mismo á los hombres, y lo que enseñó y reveló lo escribieron los santos evangelistas, formándose de sus escritos los cuatro Evangelios, ó por mejor decir, cuatro partes de un mismo Evangelio. Tambien en las epístolas de algunos santos apóstoles se escribieron muchas de las cosas que enseñó Jesucristo en su vida mortal; y esta misma doctrina la supo el apóstol San Pablo por revelacion del mismo Jesucristo, y la escribió en sus epístolas. Tambien en el libro sagrado de las Actas apostólicas se encuentra la ascension de Jesucristo á los cielos, y las últimas palabras que habló á sus discípulos, así como la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, y repetidas veces despues, sobre los que se iban convirtiendo; la vision de San Pedro acerca de la

vocacion de los gentiles á la Iglesia de Cristo; pero aun estas palabras y sucesos, mientras que se escribieron pertenecieron á la tradicion; y hay otras muchas que no se escribieron, y que se conservan por tradicion, y por eso encargaba San Pablo á los tesalonicenses que conservasen con firmeza las tradiciones que habian recibido.

Es verdad que tambien la palabra divina conservada por tradicion ha venido al fin á escribirse, ya en las obras de los Santos Padres, ya en las actas de los concilios, ya en los decretos de los Pontífices; pero no como palabra escrita, sino como palabra recibida por tradicion; y así, la tradicion divina siempre es tradicion, y no se ha de confundir con la Sagrada Escritura. Esta tradicion divina merece tanta fé como la Escritura Santa, y será un herege el que niegue ó no crea lo que sabemos por tradicion divina. La Escritura, pues, y la tradicion divina son el fundamento de nuestra fé; ¿mas cómo conoceremos que lo que se contiene en una y otra ha sido revelado por Dios? Esto lo conoceremos por los divinos caracteres con que Dios ha sellado su revelacion. Vamos á apuntar los mas obvios y perceptibles al comun de los fieles.

1.^o *Por las Profecías.*—Solo Dios, cuya infinita sabiduría lo tiene todo presente, sabe lo que está por venir; y así, cuando un hombre anuncia las cosas contingentes muchos años, y aun siglos, antes de que sucedan, es prueba evidente de que Dios se las reveló, porque solo Dios las sabia. Desde el principio del mundo comenzó Dios á revelar á los hombres los

sucesos venideros, y á autorizar su revelacion con el cumplimiento de los sucesos que revelaba. No se puede leer el Antiguo Testamento sin encontrar á cada paso con este divino sello de la revelacion. Sucesos prodigiosos anuncian otros á la vez mas prodigiosos; y éstos, dando cumplimiento á los primeros, predicen otros nuevos. En él se ve una cadena de profecías y cumplimientos que asombra; se ve un plan seguido constantemente, y dirigido siempre á anunciar al Mesías, prometido desde el principio del mundo. Se ve á este divino Salvador representado tan maravillosamente y con tanta claridad en los patriarcas, profetas y principales personajes del pueblo de Dios, que todo manifiesta no haber existido este pueblo sino para anunciarle. Se le ve representado en sus sacrificios, en sus ceremonias, en sus prosperidades, en sus infortunios; y para decirlo de una vez, en todos sus sucesos; porque, como enseña San Pablo, todo en el Antiguo Testamento acontecia en figura, y era sombra y representacion de lo que habia de cumplirse en el Nuevo. Así el Omnipotente señaló su revelacion con el divino sello de multitud de profecías, que han tenido el mas entero y exacto cumplimiento.

2º *Por los milagros.*—Se llama milagro lo que sucede fuera del orden bajo que está establecida la naturaleza criada, dice Santo Tomás, y añade, que solo Dios puede obrar fuera de este orden, pues siendo él el que lo estableció, solo él puede hacer excepciones, las cuales son el obrar una cosa fuera del orden, ó sobre el orden natural, que es lo que llamamos mi-

lagro. El poder de los hombres, y cualesquiera otra accion ó potencia de las criaturas, está bajo el orden natural, y no puede salir fuera de sus limites. Cuando se dice que los ángeles y los santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, porque solo Dios puede hacerlos; y lo que el santo pone es, ó la viveza de su fé, ó el fervor de su oracion, á cuya fé viva y oracion llena de fervor y confianza atiende Dios para obrar el milagro; estimándolas en tanto, que el mismo Jesucristo dice que ellos lo hacen. Siguese de aquí, que todo lo que está atestiguado con milagros, lleva consigo el sello de la verdad, porque Dios no habia de autorizar con milagros la mentira ni el engaño. Ahora bien, la revelacion está atestiguada con muchos y estupendos milagros; luego está autorizada por Dios mismo, esto es, Dios declara por medio de estos milagros que él mismo es el que ha revelado á los hombres las verdades y misterios de nuestra santa religion. No se puede leer ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento, sin encontrar á cada paso con una sabiduría divina que todo lo dirige, y un poder soberano que todo lo confirma con multitud de milagros. Tampoco se puede negar la autenticidad á estos dos admirables monumentos de las verdades eternas, sin negar primero todos los monumentos históricos del mundo, puesto que ningunos hay que puedan compararse con ellos.

3º *Por la propagacion de la religion cristiana.*—Esta religion, que nació en el Calvario sobre una Cruz, se extendió con tanta rapidez, que en un mo-

mento, por decirlo así, llegó á los últimos confines de la tierra. Aun no habían pasado veintinueve años de haber principiado á predicar los apóstoles en Jerusalem el día de Pentecostes, cuando escribia ya San Pablo á los colosenses: Que el Evangelio se habia extendido por todo el mundo, y que crecía y fructificaba. ¿Y quiénes lo predicaban? No ciertamente hombres ricos y poderosos, ni grandes y elocuentes filósofos, ni conquistadores famosos, ni príncipes, ni reyes, sino doce pobres pescadores, sin estudios, sin recomendaciones, sin representacion, sin influjo, sin armas, sin ejércitos, sin aquella elocuencia exornada y sorprendente de la sabiduría humana. ¿Y qué era lo que predicaban? Una religion austera que refrenaba todas las pasiones, que exigía el desprendimiento de las riquezas, de los honores y de los placeres; que no prometía otra cosa en este mundo que cruces y trabajos, lágrimas y persecuciones.

¿Y á quién se predicaba? A un mundo tan corrompido como aquel que sepultó la ira de Dios en las aguas del diluvio; á un mundo entregado á la mas nefanda idolatría; á un mundo, en fin, que no conocia otro dios que sus pasiones, á las que erigia altares, ofrecía inciensos y adoraba. Sin embargo, la religion cristiana, tan opuesta al mundo y tan enemiga de todas las pasiones del mundo, se extiende con rapidez por todo el mundo á manera de un rio caudaloso, que saliendo de madre todo lo inunda; crece y se propaga en medio de las mas crueles persecuciones, y á pesar de los mas terribles edictos de los reyes y de los emperadores, confunde la sabidu-

ria de los sábios, triunfa del poder de los poderosos, vence la supersticion de los pueblos, destruye sus ídolos y sus templos, y coloca el estandarte de la Cruz sobre sus torres y capitolios. ¿Quién podrá desconocer aquí una mano Omnipotente! ¿Quién no verá en esta portentosa obra un poder soberano que la hace triunfar del mundo entero, conjurado contra ella! ¡Ah! Cuando se considera el modo admirable con que se propagó la religion cristiana por todo el mundo, no es posible desconocer su origen divino.

4.º *Por los mártires.*—Martirio significa *testimonio*, y mártir *testigo*. Así que, la muerte sufrida por negar á Jesucristo, ó alguna verdad de fé; por conservar alguna virtud, ó no cometer algun delito, es y se llama *martirio*, y al que la sufre *mártir*, porque da testimonio á la verdad y á la justicia, y lo rubrica con su sangre y con su muerte. De aquí se sigue, que la religion cristiana tiene tantos testigos que aseguran su divinidad, cuantos son los mártires que la han confesado en los tormentos y confirmado con su muerte. Y bien, ahora ¿quién habrá tan temerario y osado que se atreva á presentarse delante de mas de diez y ocho millones de mártires, á negar en su presencia la divinidad de una religion que ellos han confesado á costa de mas de diez ocho millones de vidas? No, no hay verdad en el mundo probada con tantos y tan fieles testigos, sellada con tanta sangre, y confirmada con tantas muertes. Estas se ejecutaban unas veces con tal furor, que hacian estremecer y temblar hasta los mas animosos; y otras con tanta lentitud, que les ponian en una prueba aun mas dura

y rigurosas Promesas, amenazas, suspension de tormentos, tormentos nuevos, camas deliciosas, camas encendidas. ¹⁰ ¿Qué quedaba que hacer al ingenio para vencer su constancia. Ellos, en fin, acababan su vida en los tormentos, y bajaban al sepulcro confesando y confirmando con su muerte esta religion divina. Por otra parte (y esto es muy notable y admirable) ¿qué clases de personas eran estas que presentaban al mundo, á los ángeles, á los santos y á los hombres semejantes espectáculos? ¿Eran acaso algunos filósofos, cuya soberbia y orgullo llegase á despreciar la muerte? Nada de eso. Eran personas de todos estados y edades; niños, niñas, jóvenes, ancianos, sábios, ignorantes, ricos, pobres, hombres y mugeres de todas clases. ¿Cómo era posible que, no siendo por una causa divina, se entregasen tantos millones de personas de todas clases á una muerte voluntaria! Y digo voluntaria, porque estaba en su mano librarse de ella siempre que quisiesen. Con una sola palabra, con un no creo, con un solo grano de incienso ofrecido al ídolo, se les hubiera dejado ir libres, y muchas veces se les hubiera colmado de honores. ¿Ni cómo era tampoco posible que el niño balbuciente, la tierna doncella, el trémulo anciano, tanta multitud de mártires triunfases de la muerte, si no triunfase con ellos el triunfador del mundo, el gran mártir Jesucristo? No, nada puede resistir al testimonio que nos dan de la divinidad de la religion cristiana diez y ocho millones de mártires.

5.º *Por la santidad.*—Santo, santísimo es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, autor y conservador de es-

ta religion divina. Santa es su doctrina, que no permite ni un mal deseo, que no reprende sino el vicio, que no alaba sino la virtud; santos son sus sacramentos; santos sus sacrificios, y santos son sus cultos; pero no pasemos mas adelante en esta clase de pruebas. Seria necesario formar una obra voluminosa si se quisiesen exponer aquí todos los caracteres divinos con que el Señor ha sellado la revelacion. Baste haber apuntado los mas obvios, y que están al alcance del comun de los fieles, para que el obsequio de su fé sea razonable, como dice San Pablo. Mas no contento el Señor con haber distinguido y señalado su divina revelacion con tan augustos é indelebles caracteres, estableció un tribunal permanente y perpetuo que defendiese y conservase siempre pura y entera esta divina revelacion, que forma el depósito sagrado de la fé. Este tribunal es la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, como la llama el mismo apóstol, la cual ha conservado siempre entero y puro este sagrado depósito, y le conservará hasta la consumacion de los siglos, gobernada y protegida por su divino Esposo Jesucristo. Y á esta maestra de la verdad han acudido y acudirán siempre los cristianos que quieran librarse del error y hallar la verdad. Mas esta no se encuentra sino en la verdadera Iglesia, que es la católica, apostólica, romana.

Por Iglesia romana se entiende toda la Iglesia, y no precisamente la de Roma. Se llama romana, porque Roma es la residencia ordinaria del sumo Pontífice, sucesor del príncipe de los apóstoles, San Pedro, que fijó últimamente allí su cátedra ó silla

apostólica, dejándola regada con su sangre, y sellada con la muerte que sufrió en ella como pastor universal del rebaño de Jesucristo. Esta Iglesia que llamamos romana, es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque es una, santa, católica y apostólica, que son las notas ó señales que distinguen la Iglesia verdadera de todas las iglesias falsas ó sinagogas de Satanás, como las llama San Juan. Es una, porque todos sus hijos, donde quiera que se hallen, no son sino una sola familia, cuyo padre es Dios. Es una, porque todas sus ovejas no componen sino un solo rebaño, cuyo pastor invisible y eterno es Jesucristo, y cuyo pastor visible y temporal es el romano Pontífice. Es una, porque todos sus miembros no forman sino un solo cuerpo en Jesucristo, como dice San Pablo. La profesion de una misma fé y de una misma esperanza, el vínculo de una misma caridad, la participacion de los mismos sacramentos, la subordinacion á la misma cabeza, los mismos misterios, el mismo sacrificio, la misma moral, las mismas virtudes, el mismo camino, el mismo término. . . tales son los preciosos lazos que unen la multitud de miembros de este cuerpo místico de la Iglesia, esta esposa perfecta de Jesucristo, como la llama el Espíritu Santo.

Es santa, porque Jesucristo que es su esposo, su cabeza y su pastor es el Santo de los santos, es el Santo Hijo de Dios. Es santa, porque es santa su doctrina, santas sus leyes, santos sus mandamientos, santos sus misterios, santos sus cultos y santos sus sacramentos. Es santa, porque está gobernada y diri-

gida por el Espíritu Santo, y santificada con su divina gracia. Es santa, porque en todos tiempos ha tenido y ha de tener santos.

Es católica, que quiere decir universal, porque se extiende á todos los siglos. Nacida en tiempo de los apóstoles, y aun con el mundo mismo, durará tanto como el mundo. Es católica, porque se extiende á todo el universo. Habiendo principiado en Judea, se ha extendido hasta las extreñidades de la tierra. Es católica, porque todas las naciones son llamadas á su seno. Es católica, porque en todo el universo se ha predicado su doctrina, y porque en todas partes tiene hijos que le pertenecen y viven unidos á ella con el sagrado vínculo de una misma fé y esperanza, reconociendo una misma cabeza, que es el romano Pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra.

Ultimamente: *Es apostólica.* Jesucristo eligió para esta obra divina doce apóstoles, y sobre ellos, como sobre doce cimientos, estableció su Iglesia, que habiendo de durar hasta la consumacion de los siglos, era consiguiente que durasen tambien sus cimientos, no en los apóstoles, que eran mortales, sino en los obispos sus sucesores, y en los sumos Pontífices, sucesores del principe de los apóstoles, sobre los cuales ha continuado y continuará establecida hasta que tenga fin el universo.

P. *Qué tan necesario es creer las verdades que la Iglesia nos propone?*

R. *Tanto, que sin fé de ellas nadie puede salvarse.*

Aunque basta para conocer la necesidad de la fé, el saber que Dios es eterna verdad, á la cual debe-

mos asentir y creer, con una obligacion indisputable, sube mucho mas de punto el conocimiento de la necesidad de la fé, al saberse que sin ella nadie puede salvarse. Desde luego salta á la vista que el que no cree las verdades que Dios ha revelado, no reconoce á Dios por verdad eterna é infalible, y que por consiguiente, no puede gozar de lo que no reconoce, ni Dios puede contar por suyo para su gozo eterno, al que realmente no es suyo por el asenso de su fé. Un entendimiento y una voluntad que resisten á la verdad de Dios, y prefieren su arbitrario discurso á la autoridad divina, quitan á Dios toda la razon de esencial é inmutable verdad, y le destruyen en su mente y en su corazon. Y los que esto hacen, ¿podrán ser hijos de Dios y herederos de su reino? ¿Serán capaces del ser espiritual de la gracia, sin el principio fundamental de la fé? Y sin el ser de la gracia ¿serán capaces de la gloria? ¿Qué derecho, qué título pueden tener para salvarse? Ninguno ciertamente, y tanto, que aun su juicio tienen ya hecho. El que no cree, dice Jesucristo, ya está juzgado. Luego es de necesidad absoluta é indispensable el creer para salvarse.

Tambien es de necesidad absoluta el creer todos los misterios y verdades que Dios ha revelado, porque el que cree unas y no otras, no cree con fé divina, esto es, no cree lo que Dios dice, sino lo que él quiere creer. Si creyera lo que Dios dice, porque Dios lo dice, creeria todo lo que Dios dice, y tendria fé divina, que es la que se requiere para salvarse. Mas creyendo solo lo que él quiere, el asenso que á

esto preste es de fé humana, incapaz de salvarlo. Es, pues, indispensable, que el hombre crea con fé divina para que pueda salvarse.

P. *Y podrá con la fé sola?*

R. *No puede sin caridad ni buenas obras.*

Aunque sabemos que la fé divina nos salva, no por eso creemos ni decimos que ella sola nos salva, pues nos dice el apóstol, que la fé que nos justifica, es aquella *que obra por la caridad*, y que *la fé sin obras es muerta*. Si atribuyéramos á sola la fé la justificacion y salvacion del hombre, caeriamos en el error de Lutero, y destruiriamos toda la religion. Es verdad que sin la fé no pueden darse en una alma el ser de gracia y las virtudes; pero tambien es cierto que sin la gracia y las virtudes, no puede la fé sola justificar al hombre. La fé, la esperanza y las virtudes morales, lo valen todo con la gracia y con la caridad, que son su alma y su vida; pero sin ellas nada valen. ¿Y qué quiere decir que nada valen? Quiere decir que con solas ellas el hombre no puede adquirir su justificacion, y sin justificacion no se puede salvar.

Mas exígenosenos tambien las buenas obras; en lo que hemos de entender que esta caridad nuestra no ha de ser estéril, sino fecunda en frutos de buenas obras. Estas han de ser tales, que pueda el cristiano por ellas satisfacer y merecer; lo que no se consigue sino con obras vivas, esto es, hechas en estado de gracia, é inspiradas por la caridad; pues las que se hacen estando en pecado, son muertas, y carecen de valor y de mérito. Ademas, no bastan las que solo se dirijan á evitar el mal del pecado, sino que es

menester obrar el bien. Apártate del mal, dice el Señor, y obra el bien. Finalmente, no nos hemos de limitar solo á aquellas obras que son de rigorosa obligacion, sino extendernos liberalmente á las de su pererogacion; pues la caridad de Cristo nos urge.

DECLARACION DE LOS ARTICULOS DE LA FE.

P. *Decid los artículos.*

R. *Los artículos de la fé son catorce, &c.*

P. *Qué son los artículos de la fé?*

R. *Los principales misterios de ella.*

Entre las verdades que la divina bondad se ha dignado revelarnos, hay unas que son como los principios de todas las demas, y forman el compendio de la fé. Los apóstoles y los concilios nos han presentado estas verdades principales (que han llamado artículos), reunidas en símbolos ó credos, para que siendo uniforme nuestra creencia, tengamos en ellos una abreviada suma de nuestra fé. Se dice que creemos los artículos de la fé principalmente como se contienen en el credo, porque en éste hay tres que no se expresan en los artículos, y son: la santa Iglesia católica, la comunión de los santos y el perdon de los pecados. Por lo demas, los artículos de la fé no se distinguen del credo, sino en que el credo está dispuesto en forma de confesion de fé, y por eso le rezamos siempre que queremos confesarla; y los artículos en forma de enseñanza, y por eso no los rezamos sino que los aprendemos.

Rodeado Jesucristo de sus discípulos en la noche de la cena, y levantando sus ojos al cielo, decia: "Esta es la vida eterna, Padre mio, que os conozcan á vos, solo Dios verdadero, y á vuestro Hijo Jesucristo, á quien enviásteis." Conocer á Dios trino y uno y sus divinos atributos, y conocer á Jesucristo su santísimo Hijo, su vida, pasion, muerte, resurreccion y ascension á los cielos, y su venida á juzgar á los vivos y á los muertos; esto es lo que llama aquí Jesucristo vida eterna, y de lo que nos dan noticia expresa los artículos de la fé. Los siete primeros nos la dan de Dios nuestro Señor, y los otros siete de Jesucristo nuestro Redentor.

P. *Pues si el primero es creer en Dios, ¿quién es Dios?*

R. *La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.*

¿Quién es Dios? Esta es la mayor pregunta que puede hacerse, y á la que nadie sino Dios puede responder adecuadamente. Es lo mas excelente y admirable que se puede decir ni pensar: un Señor infinitamente bueno, poderoso, sábio, justo, principio y fin de todas las cosas.

Mientras vivimos en este mundo, podemos conocer la existencia de Dios en el orden natural, porque al ver las criaturas, necesariamente hemos de inferir que hay un Criador de ellas; podemos conocer tambien la existencia de Dios en el orden sobrenatural, porque la fé nos habla de Dios continuamente, ó por mejor decir, no nos habla sino de Dios y de las cosas